

e-ISSN 2304-4584

# Debates en **Sociología**

N° 55

2022

DEPARTAMENTO DE  
**CIENCIAS SOCIALES**



**FONDO  
EDITORIAL  
PUCP**

# Disociaciones en la interpretación de lo moderno en la ciudad. El caso de tres barrios limeños

Miguel Córdova-Ramírez<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Facultad de Arquitectura de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas. Correo electrónico: miguelcordovaramirez@gmail.com/pcarmcor@upc.edu.pe. <https://orcid.org/0000-0002-2235-1253>

Recibido: 13/10/2021. Aceptado: 09/03/2022.



## Disociaciones en la interpretación de lo moderno en la ciudad. El caso de tres barrios limeños

### RESUMEN

La modernidad ha interesado a diversos intelectuales de distintas disciplinas, entre ellos los que se encargan del diseño de los edificios. Sin embargo, ¿la manera en la que se interpretó para ser materializada es percibida como tal? El crecimiento del mercado inmobiliario limeño ha promovido la construcción de nuevos edificios cuya mayor oferta corresponde a la zona sur y suroeste de la ciudad. Estos edificios, denominados como ‘modernos’, vienen reemplazando paulatinamente a los preexistentes. Mediante un estudio cualitativo, se compararon dos calles con fachadas antagónicas de los barrios de Lince, Jesús María y Santa Beatriz para indagar cómo los jóvenes adultos interpretaban este cambio en la ciudad. Se reveló que su interpretación de lo moderno se disociaba de lo expuesto por sus promotores y se cuestionaba lo moderno como sinónimo de progreso para la ciudad. Se concluye que construir edificios modernos no hace una ciudad moderna, y para mejorarla, se requiere cuestionar primero si el camino de la modernización es necesario.

*Palabras clave:* moderno, ciudad, calles, fachadas.

## Dissociations in the interpretation of modern in the city. The case of three Lima neighborhoods

### ABSTRACT

Modernity has interested various intellectuals from various disciplines, including those who are responsible for the design of buildings. However, how was it interpreted to be materialized is perceived as such? The growth of Lima real estate market has promoted the construction of new buildings with the largest offer in the south and southwest areas of the city, these so-called modern buildings are gradually replacing the pre-existing ones. Through a qualitative study, two streets with antagonistic facades in Lince, Jesus Maria and Santa Beatriz neighborhoods were compared to investigate how young adults interpreted this change in the city. It was revealed that their interpretation of modern was dissociated from what promoters put forward and a questioning of modern as a synonymous of progress for the city. It is concluded that building modern buildings does not make a modern city and to improve it, first, it is necessary to question if modernization is necessary.

*Keywords:* Modern, city, streets, facades.

## INTRODUCCIÓN

Todo lo relacionado con 'lo moderno' ha interesado a diversas disciplinas: desde las ciencias sociales hasta la arquitectura. Sin embargo, la manera en la que se ha interpretado este concepto para su materialización y realización en la ciudad a lo largo de las últimas décadas —con todas sus controversias— no hace más que cuestionar si aún es vigente seguir refiriéndose a lo moderno en nuestras ciudades.

¿Cómo perciben lo moderno las personas que caminan diariamente por las calles? ¿Interpretan lo moderno de la misma manera en que sus promotores lo hacen o hicieron? Estas fueron las motivaciones del presente estudio para indagar las percepciones e imaginarios urbanos que se construyen alrededor de algunas calles limeñas para revelar si existe un hilo conductor entre lo que se hizo con la ciudad en nombre de lo moderno y cómo las personas lo interpretan.

Si bien la incursión de lo moderno en las construcciones urbanas peruanas se da desde mediados del siglo XX (Freire, 2013a), desde hace un poco más de veinte años la ciudad de Lima ha vivido un incremento de su mercado inmobiliario, principalmente por políticas neoliberales impulsadas por organismos multinacionales (Gonzales, Del Solar y Del Pozo, 2011; Rolnik, 2017). Diversos edificios han sido derrumbados para dar paso a nuevos con una estética distinta, y entre los distritos que han acogido gran parte de la oferta inmobiliaria se encuentran los de las zonas sur y suroeste (ADIPERÚ, 2018).

Más allá de intentar definir qué se ha entendido como moderno, lo que se hizo en su nombre en la ciudad implica un esfuerzo por interpretar y materializar todas esas ideas en la ciudad y en los edificios. Las posibilidades que ofrecía este nuevo paradigma permitieron soñar con materializar ciertas utopías y pensar cómo estas beneficiarían a la sociedad. Las consecuencias se disfrutaban o se sufrían todos los días: desde el desplazamiento a pie a la bodega hasta el uso del transporte público. En cada una de esas situaciones se experimenta la ciudad y se construye una imagen de ella. ¿Es la ciudad que imaginaron quienes impulsaron lo moderno en la ciudad o, por el contrario, se materializó una distopía?

¿Estos nuevos y modernistas edificios que han empezado a levantarse por las calles hacen a la ciudad moderna? Cualquiera que sea la respuesta, no escapa primero de cuestionarse si lo moderno existe, y luego, si es posible hacerlo. La implicancia que tiene construir un edificio y la imagen que este proyecta hacia lo público moldean las percepciones que, si no son coherentes con lo que se predica, pueden devenir en desilusiones.

## LA MATERIALIZACIÓN DE LO MODERNO

La modernidad es uno de esos temas que parece sencillo abordar, pero mientras más se sumerge uno en ella, más compleja y borrosa se vuelve. Por ende, la intención no es definirla —ni mucho menos analizarla—, sino indicar cómo esta ha sido interpretada para materializarla en la ciudad. Asimismo, debemos ser conscientes de que, dependiendo desde qué disciplina se la aborde, obtendremos definiciones y conceptos particulares.

Lo moderno es un sustantivo, valga la redundancia, asociado a la modernidad y atribuido a sociedades modernas, que se opuso claramente a la idea de sociedades tradicionales. Para muchos autores implicaba particulares características en los campos económicos, políticos, sociales y culturales. La secularización, el incremento de la división del trabajo y la mercantilización han sido algunas de las características atribuidas a la modernidad (Kumar, 1995).

Ahora bien, una de las disciplinas que más ha influido en la transformación física de la ciudad ha sido la arquitectura y sus variantes. Dentro de esta disciplina, lo moderno adquirió singulares significados que merecen ser distinguidos. Primero, tenemos al movimiento moderno —o modernismo—, que hace referencia al estilo internacional, autollamado así porque sus propulsores pensaban que debía ser aplicado globalmente, sin importar las condiciones climáticas, el nivel de industrialización, las tradiciones, la cultura, etcétera. Su objetivo era romper con todos los vínculos estilísticos e históricos con el pasado, desestimando el contexto y demandando el reemplazo de los edificios para que no pudiesen existir comparaciones entre lo nuevo y lo viejo (Curl, 2018).

De ahí nacería lo que se conoce como arquitectura moderna, que puede referir a dos cosas: la primera, a los edificios que fueron construidos durante el periodo moderno de la arquitectura, y la segunda —la más utilizada actualmente— a una limitada aproximación estilística e ideológica asociada al modernismo internacional. Por último, tenemos lo modernista, que refiere al estilo arquitectónico, principalmente a uno que se suscribe a las doctrinas del movimiento moderno (Curl, 2018). Todas estas definiciones surgen a partir de las interpretaciones por trasladar al campo de lo tangible los ideales modernos.

Sin embargo, en el proceso para traducir lo moderno a lo tangible hubo un aspecto que llamó más la atención y las preocupaciones: ¿cómo el entorno construido podría fomentar la racionalización de todos los aspectos de la vida? Desde el punto de vista de Weber (2016), la racionalización implicaba una organización de la vida social y económica basada en la eficiencia y apoyada en conocimientos técnicos. La búsqueda por trasladar estos ideales a la construcción de edificios fomentó la publicación de diversos ensayos (Gropius, 1965; Le Corbusier, 1998),

sin un respaldo práctico de cómo aquellas nuevas formas afectarían la vida social y psicológica de las personas, contradiciendo lo que predicaba la modernidad (Salingaros, 2007; Curl, 2018). Inspirados en los logros de la industrialización y sus productos, muchas de las interpretaciones se acercaban a comparar, formalmente y mediante analogías, los edificios a los vehículos motorizados, electrodomésticos o fábricas donde se producían dichas mercancías (Le Corbusier, 1998). Es decir, un entusiasmo por la imagen y no por la ciencia detrás de ellas (Salingaros, 2016).

Ahora bien, la validación de aquellas interpretaciones sobre cómo debería ser la materialización de lo moderno en el entorno construido implicó que las sociedades en diversas partes del mundo empezaran a intentar implementar lo moderno en sus ciudades. Sin embargo, tal como advertía Deleuze (1997), lo moderno solo existe en potencia y una modernización implica necesariamente la imposición de un orden. Primero sucedió en Europa y Estados Unidos, para luego esparcirse por diversas regiones hasta llegar a Latinoamérica. Son bastante conocidas las cartas y visitas de las personalidades más importantes del movimiento moderno a intelectuales y estudiantes latinoamericanos (Freire, 2013b; Curl, 2018), y el Perú no fue la excepción.

Aunque las primeras manifestaciones de la arquitectura moderna en el Perú mostraban una hibridación simbólica con lenguajes tradicionales y locales —los trabajos de Seoane y Malachowski son un claro ejemplo—, la visita de Gropius al Perú en 1953 sentenciaría el rompimiento cuando se dirigió a los arquitectos peruanos diciendo: «Busquen la auténtica expresión regional, pero sin apoyarse en viejos emblemas y detalles superficiales» (Freire, 2013b). La agrupación Espacio se encargaría de esparcir esas ideas desde la recién creada Facultad de Arquitectura de la Escuela de Ingenieros y luego, cuando el contexto nacional exigía una respuesta al problema nacional de escasez de vivienda, se empezaron a construir unidades vecinales que intentaban materializar esos ideales (Kahatt, 2015).

No obstante, probablemente uno de los ejemplos más emblemáticos y de mayor envergadura de lo que significaba la materialización de lo moderno en Sudamérica haya sido la construcción de la ciudad de Brasilia. En ella no solo se impuso un orden formal para la ciudad: también se modificaron las relaciones interpersonales y transacciones cotidianas de sus habitantes.

La materialización de lo que se interpretaba como moderno para las ciudades permitió tener una evidencia tangible y medible de sus consecuencias prácticas en la vida social y psicológica de las personas, algo que no se previamente no era posible estudiar debido a la inexistencia de antecedentes físicos que permitiesen esas exploraciones. Fue a partir de entonces que empezaron las primeras críticas y cuestionamientos a los autodenominados promotores de lo moderno. No solo desde la arquitectura (Alexander, 1981; Venturi y Scott Brown, 1999) y el urbanismo

(Jacobs, 2011) se lo empezaba a desacreditar: diversas disciplinas, como la antropología (Holston, 1989), la sociología (Foote, 1971), la psicología (Gifford, 2014), etcétera, empezaban a exponer carencias y desencantos. Se empezaba a cuestionar si la posibilidad de construir un mismo edificio en diferentes ciudades del mundo era sinónimo de progreso y si despojarla de esa autenticidad que le da el contexto elevaba el bienestar común (Benjamin, 2003). A partir de esos cuestionamientos, conocemos los peligros de la exportación de un modelo de hacer ciudad para la identidad de una comunidad (Koolhaas, 2006) y las limitaciones que implican para los seres humanos estar rodeados de lugares sin historia, sin cultura y sin contexto (Augé, 2000).

## LA CIUDAD QUE NOS IMAGINAMOS

De acuerdo con las ciencias cognitivas, es necesario recopilar información de nuestro entorno para establecer patrones e imágenes mentales que nos permitan orientarnos e intentar controlar lo que nos rodea. Esta habilidad la desarrollamos desde bebés (Sigman, 2020) y nos ha acompañado a lo largo de toda nuestra historia sobre la tierra. De ahí que, para conocer una ciudad, no hace falta recorrer cada una de sus calles, pues cada vez que nos movilizamos por alguna de ellas, el cerebro empieza a construir una imagen que poco a poco va corrigiendo o actualizando.

Lynch (2008) se dio cuenta de eso y empezó a distinguir maneras y elementos que componen la imagen que construimos de nuestras distintas ciudades. Esos imaginarios urbanos son construcciones sociales basados en las percepciones que pueden o no coincidir con lo real pero que influyen en nuestra toma de decisiones, y pueden ir desde decidir por cuál calle caminar hasta elegir a qué ciudad viajar por vacaciones (Silva, 2006).

Por ejemplo, es distinto percibir una calle a una velocidad limitada —como puede suceder caminando— que a través de un automóvil a 50 km/h. Cada manera de movilizarse por la calle implica un modo de percibir la ciudad y las interacciones sociales que se espera del lugar. No obstante, caminar ha sido la manera más antigua y recurrente de recorrerla (Ingold y Vergunst, 2008), no sorprende entonces que gran parte de los edificios construidos en torno a la calle hayan sido elaborados para ser percibidos caminando y, de esa manera, construir una imagen de ciudad.

La aparición del automóvil en la cotidianidad citadina implicó cambios en la configuración de las calles. Hasta ese momento se podría decir que las ciudades estaban diseñadas para ser disfrutadas caminando, pero los vehículos motorizados permitían desplazamientos más prolongados y a mayores velocidades. La ciudad entró en un proceso que algunos llamaron modernización.

Como era previsible, una ciudad que se percibe a través del automóvil prioriza otras variables para su disfrute: varias particularidades de las fachadas empiezan a perderse para la visión y se empiezan a cuestionar su utilidad (Batterham, 2015). Cuando la ciudad empieza a cambiar, la imagen que construimos de ella también lo hace.

Los cambios físicos de las calles han moldeado las percepciones de la ciudad en que se vive. Por obvios motivos, el cambio no ha sido parejo en todas las calles o barrios de la ciudad. Hay calles que lucen irreconocibles y calles que aún conservan sus características de antaño. Sin caer en un determinismo ambiental, lo relevante es que percibir esos cambios permite hacer comparaciones, juicios y evaluaciones sobre cómo influye en la construcción de una imagen de la ciudad y sobre cómo las relaciones que construyen las personas con sus espacios van más allá de una instrumentalización y, más bien, responden a prácticas para vivirlas como lugares (Tuan, 2007). En consecuencia, podemos, a través de ellas, inferir en qué tipo de sociedad vivimos o hacia cuál nos dirigimos.

## SELECCIÓN DE CASOS

El propósito del estudio fue llevar la discusión sobre lo moderno en la ciudad hacia las propias personas que diariamente experimentan la calle, así como revelar sus opiniones y percepciones sobre cómo esos cambios han influido en su cotidianidad y si están en concordancia con lo propuesto y expuesto por los modernistas. Es decir, si las personas interpretan esos cambios físicos como cambios modernizadores de la ciudad.

El crecimiento del mercado inmobiliario limeño ha hecho que nuevos edificios aparezcan sobre la ciudad y muchos de estos han sido considerados como modernos por sus promotores y público en general. Los distritos de las zonas sur y suroeste de Lima son los que han acogido la mayor oferta inmobiliaria (ADIPERÚ, 2018).

Fue precisamente en los barrios de Lince, Jesús María y Santa Beatriz donde se propuso realizar un estudio con una aproximación cualitativa que compare percepciones e imaginarios urbanos sobre dos calles distintas: una en donde las fachadas de sus edificios ya hayan sido modernizadas y otra en las que aún no. En cada uno de estos barrios se seleccionaron calles con fachadas antagónicas —unas modernas y otras no— pero que no se encuentren separadas por una gran distancia; es decir, que puedan ser asumidas dentro de un mismo vecindario





Las calles con fachadas modernas fueron:

- En Lince, las fachadas sur, avenida general Trinidad Morán, cuadra 8.
- En Jesús María, las fachadas norte, jirón coronel Zegarra, cuadra 1.
- En Santa Beatriz, las fachadas sur, calle Teodoro Cárdenas, cuadra 2.

A todas estas calles se las denominó *Tipo A*.

Figura 2. Fachadas categorizadas como Tipo A en Lince, Jesús María y Santa Beatriz.



Las calles con fachadas no modernas fueron:

- En Lince, las fachadas sur, avenida general Trinidad Morán, cuadra 5.
- En Jesús María, las fachadas oeste, jirón Huayna Cápac, cuadra 11.
- En Santa Beatriz, las fachadas sur, avenida Mariano Carranza, cuadra 3.

A todas estas calles se las denominó *Tipo B*.

Figura 3. Fachadas categorizadas como Tipo B en Lince, Jesús María y Santa Beatriz.



Este antagonismo se problematizó seleccionando a un grupo social que muchas veces es presentado como reacio a lo antiguo y propenso a lo nuevo. En diversas estadísticas se indica que los jóvenes de 25 a 35 años eran los que más compraban o alquilaban inmuebles, y además, son el grupo social al cual está orientada gran parte de la publicidad inmobiliaria (diario *Gestión*, 2019). A las personas de 19 a 40 años, Erikson (1982) las denominó *jóvenes adultos*, personas que se encuentran en una etapa de construcción de identidad que influirá en sus relaciones interpersonales.

Lo ideal hubiera sido trabajar con jóvenes adultos que viviesen en las calles seleccionadas, pero en exploraciones tempranas a los barrios se reveló que muy pocas de ellas salían a caminar por sus calles, sobre todo en las calles con fachadas Tipo A. Ante esa adversidad, se decidió trabajar con jóvenes adultos que estuvieran caminando en ese mismo momento por las calles seleccionadas, recopilando así una variedad interesante de personas y opiniones.

**Tabla 1.** Lista de personas entrevistadas

Barrio de estudio	Nombre (*)	Edad	Género
Lince	Paula	21	Mujer
	Elsa	27	Mujer
	Mariana	40	Mujer
	William	23	Hombre
	Camilo	34	Hombre
	Fabio	37	Hombre
Jesús María	Vanessa	20	Mujer
	Basilio	24	Hombre
	Jacinto	25	Hombre
	Javier	30	Hombre
Santa Beatriz	Keila	22	Mujer
	Elisa	22	Mujer
	Karim	28	Mujer
	Eduardo	21	Hombre
	Marcos	23	Hombre
	Jaime	32	Hombre

(\*) Todos los nombres han sido alterados.

## METODOLOGÍA

Lo ideal para realizar la comparación hubiera sido desplazar a las personas de una calle a otra; sin embargo, limitaciones espaciales y temporales no lo permitían. Se propuso la creación de una herramienta gráfica que permitiese realizar ese recorrido, pero desde un mismo lugar, y recrear visualmente la experiencia.

Se crearon seis cartillas —de aproximadamente 29 cm x 9 cm—, donde se graficaron las elevaciones de las fachadas de las calles seleccionadas —Tipo A y Tipo B— y se omitieron detalles que se identificó que distraían la percepción formal de las fachadas. Por ejemplo, los dibujos fueron monocromáticos y la vegetación existente eliminada. El énfasis de los dibujos fue mostrar a los entrevistados la forma de las fachadas de las dos calles por barrio para que las observaran y luego expresen sus opiniones y comentarios guiados por preguntas introductorias. Estas cartillas facilitaron la interacción con las calles y permitieron profundizar sobre sus diferencias o similitudes.

Las entrevistas se hicieron en las calles seleccionadas a jóvenes adultos que estaban caminando por ahí en ese momento. Se les presentaban las cartillas con los dibujos de las fachadas y luego se conversaba con ellas sobre los siguientes temas sin ninguna jerarquía específica: (i) sus preferencias sobre alguna de las dos calles tipo y las razones; (ii) los estilos de vida e interacciones sociales imaginables en ambas calles tipo; (iii) la identificación y razones de las diferencias entre las dos calles tipo, y (iv) la posibilidad de vivir en alguna de las calles tipo.

## LIMITACIONES

El estudio se enfocó en un grupo social que se encontraba entre los 20 y 40 años, y compuesto lo más equitativamente posible entre hombres y mujeres. Sin embargo, no contempló un enfoque de género, y no porque se considere irrelevante, sino porque se buscó una mirada amplia de cómo se interpreta lo moderno en los barrios seleccionados. Se espera que el presente estudio motive a realizarlos, pues se han revelado sutilezas que diferencian la percepción de la calle entre hombres y mujeres.

El enfoque también estuvo en lo perceptible caminable y visualmente. Entiendo y comprendo los peligros que puede llevar entender la experiencia desde un solo sentido, pero el 50% de la información sensitiva que va al cerebro es visual (Kandel, 2012) lo que permitiría una primera aproximación para desarrollar estudios que impliquen el enfoque desde una perspectiva multisensorial. Por otro lado, se priorizó el desplazamiento a pie, pues es el más común en la ciudad y es el tipo de movilización que ejercían los jóvenes adultos al ser entrevistados. En líneas generales, era más factible que un transeúnte accediera a ser entrevistado que alguien que estuviese manejando un vehículo.

Figura 4. Levantamientos formales de las fachadas Tipo A y Tipo B.



LINCE



JESÚS MARÍA



SANTA BEATRIZ

Si bien se trabajó con jóvenes adultos, no deben generalizarse sus opiniones ni comentarios hacia otros grupos sociales de distintas edades o de distintas ciudades. Trabajar con tres barrios —Lince, Jesús María y Santa Beatriz— permitió expandir y comparar distintos puntos de vista; sin embargo, estamos hablando de barrios con similares realidades y que atraviesan por un proceso de construcción de nuevos edificios que pueden diferir de los diversos barrios que existen en Lima.

El análisis de las calles recayó únicamente en la forma de las fachadas y no en la complejidad del edificio en sí. La motivación estuvo en abordar la percepción pública de los edificios y cómo estos moldean la percepción de la calle y la construcción de una imagen de ciudad. Por consiguiente, será necesario indagar cómo otros elementos de las calles, tales como el mobiliario urbano, el piso o la vegetación, influyen también en esa percepción.

## **DUDAS SOBRE LO MODERNO**

La capacidad que poseen las personas para opinar y cuestionar su realidad debe revalorarse: si bien pueden diferir de lo que se discute en la academia, eso no es motivo para desacreditarlas. Los jóvenes adultos entrevistados comprendían claramente que ambos tipos de calles eran distintos y en varias de las situaciones ponían a la modernidad como la responsable. Sin embargo, ¿qué entendían por ella? ¿Su definición llevaba consigo toda la carga intelectual que discuten los estudiosos o especialistas?

Nos situamos en un contexto que contempla a la ciudad de Lima como desorganizada, con muchos problemas y que necesita urgentemente mejorarse para incrementar el bienestar de sus habitantes. El mayor esfuerzo que ejercían los jóvenes adultos entrevistados era intentar entender las razones de los cambios o, en otras palabras, los motivos por los cuales los promotores de los edificios modernos se distanciaban de los edificios preexistentes para proponer sus soluciones. Pues, si los cambios eran para mejorar la ciudad, ¿por qué ello no ha sucedido?

Por consiguiente, sus reflexiones se enmarcaban en tres aspectos: (i) lo que se ha interpretado y propuesto como modernización de la ciudad, (ii) quiénes están detrás de la mayoría de esos cambios en las calles y en sus fachadas, y (iii) las posibilidades que tiene la ciudad para afrontar sus problemas.

## **LA MODERNIZACIÓN DE LA CIUDAD**

Vivir en una ciudad implica también intentar adaptarse a las condiciones o fenómenos que ocurren en ella, sean estas del agrado de uno o no. Los jóvenes adultos entrevistados identificaban y aceptaban que el cambio influía en su realidad,

es decir, entendían que vivían en una realidad cambiante. Que este cambio pudiera ser controlado por ellos no era cuestión de sus reflexiones, pero sí que era un cambio al cual debían adaptarse.

Esta idea dominante de lo cambiante era proyectada hacia el entorno en donde se desarrollaba su realidad, es decir, su ciudad. Por lo tanto, comprendían la realidad de su ciudad como un entorno construido que ha cambiado y que probablemente lo siga haciendo. ¿Hacia dónde se dirigirá ese cambio? Las posibilidades estaban abiertas: podían ser para mejor o para peor.

De ahí derivaba una de las dudas o cuestiones que las personas entrevistadas relacionaban con el vivir en una ciudad y en la cual se circunscribían sus diversas opiniones ¿Lo que cambió en la ciudad cambió para mejor? En otras palabras, no se cuestionaba el cambio en sí, sino cuáles fueron los resultados de ese cambio.

Ahora bien, las razones y justificaciones que explicaban estos cambios se podrían resumir en lo que Elisa (mujer, 22 años) comentaba: «Porque los tiempos pasan, pues, ¿no? Por la modernización».

Lo que se entendía como «modernización» y lo que se había hecho en su nombre con la ciudad resultaba relevante para entender sus opiniones, puesto que la ciudad de Lima era entendida como una ciudad no moderna, estancada y que dificultaba la convivencia en ella. Por tales motivos, para las personas entrevistadas, era necesario que esta ciudad se mejore, se modernice.

Aquí es donde aparece una de las más importantes revelaciones. Lo que entendían como modernización de la ciudad —el proceso para alcanzar la modernidad— no contaba con toda esa carga conceptual y teórica que dominaba las ciencias sociales. No asociaban esta a, por ejemplo, la racionalización de los diversos aspectos de la vida de las personas o a un incremento en la división del trabajo. La modernización de la ciudad era para ellos un cambio formal de la organización ornamental de los distintos edificios en la ciudad; es decir, un cambio en el estilo del edificio, Jacinto (hombre, 25 años) explicaba: «Bueno, lo bueno de estos edificios [con fachada Tipo A] es que le dan más modernidad y estos [fachada Tipo B] es más clásica, a la Lima. Pero estos [edificios con fachada Tipo A] lo hace más moderno, ¿no?».

Como se mencionó previamente, los edificios con fachadas Tipo A eran los considerados como modernos, y la sucesiva construcción de estos alrededor de la ciudad era asociada con su modernización. Por lo tanto, la modernización era entendida por los jóvenes adultos entrevistados como un cambio de imagen para la ciudad. Estos edificios con apariencia moderna harían que la ciudad también lo pareciera. No obstante, indicaban que, a pesar de la constante construcción de edificios modernos, la ciudad seguía sin ser moderna. ¿La modernización estaba funcionando, es decir, mejorando la ciudad? O, lo que se ha propuesto como modernización, ¿en realidad lo era?

Las personas entrevistadas empezaban a plantearse esas preguntas, mas no se arriesgaban a responderlas, porque estaban convencidas de que la ciudad de Lima necesitaba mejorarse, ser más accesible a todos sus habitantes, y cuestionar aquellos ideales significaría, de alguna manera, aceptar que la realidad de la ciudad no era tan mala como decían. Sin embargo, esto les permitía empezar a cuestionar lo que se les había ofrecido como moderno, Jacinto (hombre, 25 años) explicaba: «Por ejemplo, este lugar [calle con fachadas Tipo A] puede ser último modelo. Pero de acá pasan diez años y lo pueden ver antiguazo. Cada año van saliendo cosas. O sea, van cambiando, pues, ¿no?».

Si lo que ahora se considera moderno y mañana no lo va a ser, ¿cuándo se modernizará la ciudad? Esta incertidumbre hace recordar a Bauman (2003), para quien la experiencia de un cambio constante sin un punto de referencia fijo genera inseguridad, angustia y con ello una cierta vulnerabilidad.

Ahora bien, quizá pueda existir algo de estabilidad en todo ese cambio constante, Jaime (hombre, 32 años) explicaba: «[En la ciudad] se resalta lo moderno, todo cambia. En cambio, lo clásico no».

A pesar de que la idea de cambio dominaba su interpretación de la realidad de la ciudad, existía en menor proporción una idea de estabilidad representada por lo «clásico» y las fachadas Tipo B. Sin embargo, esta idea era contrapuesta a lo moderno y como una fase o etapa anterior, algo premoderno. Marcos (hombre, 23 años) explicaba: «Las demás calles que se han ido haciendo con el tiempo y las [calles con fachadas Tipo B] que se han ido deteriorando se han construido así [con fachadas Tipo A]».

Una calle con fachadas Tipo B era vista como una calle hecha «a la Lima». Aquella expresión connotaba que aquellas fachadas representaban para los jóvenes adultos entrevistados —de cierta manera— la identidad de la ciudad. Sin embargo, este tipo de fachadas no hacía la ciudad moderna, y en su entendimiento algo clásico no puede ser moderno. En ese sentido, habían sido convencidos de que, si se quiere mejorar la ciudad, estas fachadas debían cambiar, a pesar de que muchos de ellos no lo harían.

Aquella era una de las grandes discusiones internas que tenían: se cuestionaban si todas aquellas formas de modernizar la ciudad en verdad la mejoran. En otras palabras, si lo que se les ha ofrecido como moderno en realidad lo es.

Esta problemática surge de lo que se ha entendido o interpretado como una ciudad moderna, si la manera en que los diversos ideales modernos eran expresados físicamente de la forma más coherente con ellos. Si modernizar la ciudad era destruir edificios antiguos y construir edificios con fachadas modernistas, se genera una confusión que poco o nada aporta en el debate para conseguir y alcanzar —si es que existe— aquella ciudad moderna.



## RESPONSABLES DEL CAMBIO

Si se intenta comprender por qué suceden las cosas en la ciudad, lo más intuitivo es establecer relaciones entre los cambios y quiénes podrían estar detrás de estos. Así, los jóvenes adultos entrevistados eran conscientes de que los cambios que ocurrían en la ciudad no emergían espontáneamente. Para ellos existían actores que fomentaban y desarrollaban estos cambios. Para bien o para mal, los ciudadanos debían confiar en sus propuestas, porque eran los especialistas en esos temas.

De aquello derivaba otra de las dudas o cuestiones sobre lo que significaba vivir en una ciudad que está cambiando, sobre lo que están haciendo los responsables de esa modernización. En el sentido más amplio, se cuestionaba si lo que se estaba haciendo, en términos de construcción de nuevos edificios, era lo más pertinente para la ciudad o, concretamente, para las calles por las que caminaban todos los días.

Uno de los actores que era identificado, y cuya influencia en la ciudad se cuestionaba, eran las compañías inmobiliarias. Basilio (hombre, 24 años) explicaba: «Lo que pasa es que ahora las inmobiliarias compran una casa, así como la de acá [con fachada Tipo B], y construyen un edificio [con fachada Tipo A] que ya no le da una vista atractiva, como la casa. Y casi todo Jesús María se ha vuelto todo así. Se compran casas deshabitadas y construyen nuevos edificios. Entonces le quitan ese..., ese... ¡y en todos lados, ah!».

En esa misma idea, lo que respaldaba esas acciones en el mercado inmobiliario, según se identificaba, era lo que Camilo (hombre, 34 años) intentaba explicar: «Yo creo que es la arquitectura de la modernidad, pues, ¿no? Ya vieron que eso no es lo que se está buscando. Ahora se está buscando más recto, más simple. Más sofisticado».

Lo que Camilo sugería era que la oferta inmobiliaria se respaldaba en una disciplina relacionada con el oficio del diseño y construcción de edificios. En otras palabras, Camilo estaba infiriendo que la relación entre el mercado y la academia podía resumirse en que el primero buscaba la legitimación en la segunda y luego la academia era «patrocinada» por el mercado, todo esto en un contexto económico neoliberal (Curl, 2018).

De esa misma forma, se infería también que quien decidía cómo debería ser un edificio nuevo lo hacía basado en presentar una propuesta nueva o diferente, Karim (mujer, 28 años) explicaba: «Depende del arquitecto, pues, ¿no? De repente el arquitecto tiene otra forma... o el dueño que ha mandado a hacer esto tiene otra forma de pensar. Él quería de repente así».

Entonces, estamos frente a una situación en donde sí se reconoce e identifica a los responsables del cambio en las calles, mas su cuestionamiento era apaciguado porque aquellas personas eran consideradas como los especialistas y pueden tener

«otra forma de pensar». Tal vez la autosubestimación de las personas entrevistadas para hablar sobre temas relacionados con las calles y la ciudad —porque no se consideraban especialistas— las hacía aceptar de alguna manera los cambios. No obstante, se podía inferir que ese respaldo estaba llegando a un límite, al punto de esbozar cuestionamientos como los que Javier (hombre, 30 años) indicaba: «Claro que no es muy estético arquitectónicamente ver un edificio [con fachada Tipo A] y al costado una casa bonita [con fachada Tipo B]. Como que se distorsiona un poco el paisaje».

Muy aparte de aceptar si los edificios nuevos están o no distorsionando el paisaje, lo relevante aquí es que existe un dislocamiento entre lo que la gente espera que se haga con las fachadas de una calle y lo que se está haciendo, entre cómo deberían ser formalmente las fachadas de los edificios nuevos y lo que se está construyendo.

Quizá las personas que caminan diariamente por las calles no hayan estudiado sobre las ciudades, pero viven en ellas y experimentan de primera mano todos los fenómenos que apasionan a diversos estudiosos y especialistas de la ciudad; por ende, tienen capacidad para cuestionar su realidad y lo que se está haciendo con su calle, su barrio y su ciudad.

Los que trabajan en la construcción de edificios nuevos en la ciudad deben tomar en cuenta sus inquietudes, pues las personas entrevistadas no estaban en contra de la construcción de edificios nuevos, pero deseaban que estos se relacionasen con los existentes, algo que para ellos era quizá lo más lógico o, si se quiere ver desde un punto de vista moderno, lo más racional. Javier (hombre, 30 años) resumía en una simple pero potente frase todo lo anterior: «Si los edificios nuevos tuvieran elementos de los otros existentes, no distorsionarían mucho».

Finalmente, no se puede asegurar que exista un descontento en los jóvenes adultos entrevistados, pero sí que había inquietudes sobre lo que se está haciendo con las calles por donde caminan, con los edificios que antes podían ver y ahora no. Por lo tanto, muy aparte de lo que ellos hacen y puedan hacer por sus calles, ¿qué pueden hacer los responsables de esos cambios?

## UNA DISPOSICIÓN A MEJORAR MÁS ALLÁ DE LO MODERNO

El entorno construido no determina el comportamiento social de las personas: solo puede limitarlo o posibilitarlo, y es que asegurar lo contrario sería arrebatarles la agencia para cambiar o mejorar el lugar en donde viven. A pesar de todo de lo que se ha escrito y dicho de la ciudad de Lima, aún hay personas que deciden vivir ahí e intentar hacerla un mejor lugar, no solo para ellas, sino también para quienes vienen después. En ese sentido, el tercer y último tema que merecía sus reflexiones era la identificación de los principales problemas que existían en la ciudad y cómo podían mejorarla.

Las personas entrevistadas identificaban dos principales problemas: (i) la inseguridad ciudadana —lo cual ratifica lo expuesto en diversas estadísticas sobre la ciudad (Observatorio Lima Cómo Vamos, 2019)— y (ii) la pérdida de identidad de la ciudad.

La percepción de inseguridad era vista como un grave problema, en especial para las mujeres entrevistadas. Ellas sentían que existían calles que no eran seguras para caminar porque la forma de sus fachadas parecía hacerlas solitarias. Esto provocaba que ellas hicieran constante insistencia para su resolución, pues implicaba riesgos para su cotidianidad. De ahí que desarrollen un sentido de estar constantemente vulnerables en la calle. Paula (mujer, 21 años) explicaba: «Todas las calles [son] iguales, cuando te roban no te van a avisar. ¿Es verdad o no es verdad?».

La inseguridad ciudadana puede tener diversas causas. Sin embargo, las personas entrevistadas sentían que no se estaba haciendo lo suficiente para contrarrestarla, a pesar de considerarla como uno de los principales problemas que afronta la ciudad y el rol que podrían cumplir las fachadas de una calle para ayudar a superarla.

El otro problema identificado era la pérdida de identidad que estaba afrontando la ciudad, no necesariamente por la construcción de edificios modernistas, sino por la indiferencia hacia calles con bastante posibilidad de mantener la personalidad de la ciudad. Mariana (mujer, 40 años) explicaba: «No solamente es derrumbar y construir sino también algunas calles hay que rescatarlas. En el Centro de Lima es el mismo detalle. Es muy triste cuando el guía dice que en la parte centro de Lima la fachada nomás está bonito. Aunque de todas maneras intentan rescatarlas y preguntamos: ¿Eso cómo está siendo habitado por dentro? Por dentro se está destruyendo. Ahí como que entra una cosita de pena y nostalgia. ¡Qué pena, tan bonita, con tanta historia que tiene! ¿No?».

Por lo tanto, si además de construirse fachadas modernistas se están dejando desaparecer fachadas que permitían identificar el lenguaje de la calle, la preocupación que sienten los jóvenes adultos entrevistados se focalizaba en lo que pueda ocurrir y las posibilidades que tendrían para interactuar con sus calles. Si lo que identifica y hace diferente a una ciudad empieza a desvanecerse, las posibilidades de incrementar los niveles de bienestar de sus ciudadanos también lo hacen (Puig, 2009).

Ahora bien, todo lo anterior no evitaba que las personas entrevistadas pudieran ensayar algunas soluciones para contrarrestar la situación que pueden ser sencillas, pero claras. Las personas querían mejorar sus calles y estaban seguras de que era posible. A estas alturas, para los jóvenes adultos entrevistados su interpretación de modernizar se alejaba ya de la de mejorar.

En principio, para ellos el objetivo de la creación de una calle era lo que William (hombre, 23 años) explicaba: «Si uno pone una calle es para que el vecindario

tenga buen acceso, ¿no?». En esa lógica, la calle es el entorno construido por el cual las personas «acceden» a sus barrios y al de otros; por ende, era importante mejorarlas para incrementar esa accesibilidad. De ahí que la postura para hacerlas debía responder a lo que Javier (hombre, 30 años) explicaba: «Lo haría tomando en cuenta la opinión del vecino, porque ya no estamos en los tiempos en los que uno disponía, ¿no?».

No se puede asegurar que en los diversos barrios de la ciudad de Lima las opiniones de los vecinos sean obviadas a la hora de tomar decisiones sobre sus calles. Sin embargo, que los jóvenes adultos entrevistados manifesten como una necesidad la consulta pública deja entrever que lo que se ha estado haciendo no ha sido suficiente.

En esa línea, lo interesante de todo eso era que ejercían una valoración que les indicaba que un tipo de fachada podría mejorar la calle. Elsa (mujer, 27 años) explicaba: «Si pudiera hacer una calle sería como esta [con fachadas Tipo B], ¿no? Por la forma, y aparte cuidarla, ¿no? Pintarla, mantenerla».

Aquello puede ser consecuencia de haber identificado a ese tipo de fachada como el mejor, pero cuya simple construcción no es suficiente. Tiene que cuidarse y mantenerse. Si bien no exploran de quién es esa responsabilidad, son conscientes de que la interacción y relación entre las fachadas de una calle y las personas que viven ahí deben configurar la imagen del barrio. Basilio (hombre, 24 años) explicaba: «Creo que para que sea más llamativo tiene que reflejar la esencia de los habitantes».

Con lo anterior no se está proponiendo una sola forma de hacer las fachadas y con ella las calles: si somos conscientes de que existen diversas formas de vivir en la ciudad, existirán por ende diversas formas de reflejar esa «esencia» en las fachadas y en las calles.

Finalmente, a pesar de todos los problemas que ocurrían en la ciudad, las personas entrevistadas mostraban una disposición a buscar salidas o soluciones para mejorarla, para intentar que sea un mejor lugar para todos. Preguntarles sobre lo que pensaban de su ciudad permitía esa disposición, y mientras eso ocurra, la posibilidad de que todos estén incluidos en el debate son altas.

## **DISCUSIÓN: ¿EDIFICIOS MODERNOS HACEN CIUDADES MODERNAS?**

Los hallazgos han revelado que la interpretación de los jóvenes adultos sobre lo moderno en la ciudad no se aproxima a las intenciones de sus promotores. Asimismo, se manifestaron disociaciones entre lo que se exploraba como moderno en las ciencias sociales y lo que se materializó en su nombre en la ciudad. Es difícil imaginar que Weber, Durkheim y demás científicos sociales que estudiaron la modernidad hubieran asumido que modernizar la ciudad implicaba únicamente

cambiar su imagen, reemplazar los edificios por unos de estética diferente. Probablemente esa no haya sido la intención de los primeros modernistas para la ciudad, pero es la manera cómo la han interpretado los jóvenes adultos entrevistados que caminaban diariamente por las calles de Lince, Jesús María y Santa Beatriz.

Modernizar se ha entendido como un sinónimo de mejorar; no importa en qué disciplina nos desenvolvamos, estamos expuestos a esas ideas. No obstante, es un concepto que dice mucho y nada a la vez, pues, ¿qué es modernizar o cómo modernizamos la ciudad? Si vamos a estar expuestos a cada interpretación en cada disciplina necesitamos ser más específicos, pues a partir de lo dicho de las personas entrevistadas, pareciese que es un recurso técnico para hacer con las calles lo que a uno —o a algunos— les parece mejor, pero sin ningún sustento práctico de cómo influirá en el bienestar social.

Entonces, no sorprende que, con esa interpretación de lo que es modernizar la ciudad, aparezcan contradicciones y cuestionamientos sobre si en realidad se está mejorando la ciudad. En ese contexto, ¿edificios modernos hacen ciudades modernas? La respuesta es un rotundo no.

Los jóvenes adultos entrevistados se dieron cuenta que probablemente lo que se les habría ofrecido como moderno para la ciudad quizá no lo era, o si en realidad ese es el camino para mejorar la ciudad. Entonces ¿vale la pena seguir hablando sobre modernizar la ciudad?

Está claro que Lima necesita incrementar las posibilidades para que todos sus habitantes puedan disfrutar de los beneficios que implica vivir en una ciudad, pero ello no puede hacerse a expensas de las ilusiones de jóvenes que desean ver a Lima convertirse en una mejor ciudad.

## CONCLUSIONES

Mediante un estudio comparativo entre calles con fachadas denominadas como modernas y calles que no, se indagó si jóvenes adultos que caminaban por los barrios de Lince, Jesús María y Santa Beatriz las interpretaban como tales. Se revelaron disociaciones en los imaginarios urbanos entre lo propuesto como moderno para la ciudad y cómo eran percibidos estos.

Se ha expuesto que mejorar la ciudad no es sinónimo de modernizarla, y las personas entrevistadas lo interpretan así. Modernizar la ciudad, querámoslo o no, connotaba un cambio estilístico en la construcción de edificios. Es decir, para las personas entrevistadas, lo moderno era un estilo más, tal como podría ser lo colonial, lo gótico o lo barroco. Por lo tanto, todos esos edificios modernistas no reflejaban una superioridad frente a los demás.

De ahí que se cuestionasen las estrategias modernistas para mejorar la ciudad, pues, si bien se reconocía que ciertos edificios reflejaban una imagen moderna, estos no contaban con todo el bagaje intelectual al cual se ha querido asociar.

Por otro lado, queda pendiente por los promotores —desarrolladores inmobiliarios, arquitectos, urbanistas, intelectuales urbanos, etcétera— ajustar su postura frente a lo que se intenta proponer como moderno y si esa propuesta refleja coherentemente los ideales de la modernidad. Sin llegar a cuestionar si esa modernidad es necesaria, hay que hacer la distinción entre mejorar y modernizar: las personas entrevistadas ya lo hacían y no tiene sentido seguir repitiendo ese discurso, pues aumenta la confusión y las disociaciones.

En los ojos de los jóvenes adultos entrevistados, la modernización de la ciudad implicaba la construcción de nuevos edificios de estilo modernista y eso les generaba cuestionamientos, pues no se podía pretender mejorar la ciudad simplemente cambiándole la imagen. Edificios modernistas no hacen ciudades modernas.

¿Qué falló? ¿La idea de una modernidad? ¿Cómo se interpretó para materializarla o creer que existe la modernidad?

## REFERENCIAS

- ADIPERÚ - Asociación de Desarrolladores Inmobiliarios (2018). *Informe Estadístico Mercado Inmobiliario - Julio*. Lima.
- Alexander, C. (1981). *El modo intemporal de construir*. Gustavo Gili.
- Augé, M. (2000). *Los no lugares. Espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa.
- Batterham, D. (2015). *The World of Ornament*. TASCHEN.
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Benjamin, W. (2003). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Itaca.
- Curl, J. S. (2018). *Making distopia: The strange rise and survival of architectural barbarism*. Oxford University Press.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1997). *¿Qué es la filosofía?* Anagrama.
- Diario *Gestión* (16 de mayo de 2019). *¿Quiénes tienen la última decisión en la compra de una vivienda?* *Diario Gestión*. <https://gestion.pe/tu-dinero/inmobiliarias/quienes-ultima-decision-compra-vivienda-267128-noticia/>
- Erikson, E. (1982). *The life cycle completed*. Norton.
- Foote, W. (1971). *La sociedad de las esquinas*. Diana.
- Freire, F. (4 de octubre de 2013). *Arquitectura moderna en el Perú. La forma moderna en Latinoamérica*. <http://laformamodernaenlatinoamerica.blogspot.com/2013/10/arquitectura-moderna-en-el-peru.html>
- Freire, F. (15 de julio de 2013). *Ocho recomendaciones a los arquitectos por Walter Gropius*. *Veredes*. <https://veredes.es/blog/en/ocho-recomendaciones-a-los-arquitectos-por-walter-gropius-fernando-freire-forgal/>

- Gifford, R. (2014). *Environmental Psychology*. Optimal Books.
- Gonzales, E., del Solar, V. y del Pozo, J. M. (2011). Lima metropolitana después de las reformas neoliberales: transformaciones económicas y urbanas. En C. de Mattos, W. Ludeña y L. Fuentes (eds.), *Lima-Santiago. Reestructuración y cambio metropolitano* (pp. 135-176). Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Gropius, W. (1965). *The New Architecture and the Bauhaus*. The M.I.T. Press.
- Holston, J. (1989). *The Modernist City: An Anthropological Critique of Brasilia*. University of Chicago Press.
- Ingold, T. y Vergunst, J. L. (eds.). (2008). *Ways of walking: Ethnography and practice on foot*. Ashgate.
- Jacobs, J. (2011). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Capitán Swing.
- Kahatt, S. S. (2015). *Utopías construidas: las unidades vecinales de Lima*. Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Kandel, E. (2012). *The Age of Insight: The Quest to Understand the Unconscious in Art, Mind, and Brain, from Vienna 1900 to the Present*. Random House.
- Koolhaas, R. (2006). *La ciudad genérica*. Gustavo Gili.
- Kumar, K. (1995). *From post-industrial to post-modern society: New theories of the contemporary world*. Blackwell.
- Le Corbusier (1998). *Hacia una arquitectura*. Apóstrofe.
- Lynch, K. (2008). *La imagen de la ciudad*. Gustavo Gili.
- Observatorio Lima Cómo Vamos (2019). *Lima y Callao según sus ciudadanos: décimo informe urbano de percepción sobre calidad de vida en la ciudad*. Asociación Unacem.
- Puig, T. (2009). *Marca Ciudad. Cómo rediseñarla para asegurar un futuro espléndido para todos*. Paidós.
- Rolnik, R. (2017). *La guerra de los lugares: la colonización de la tierra y la vivienda en la era de las finanzas*. LOM.
- Salingaros, N. (2007). *Anti-architecture and deconstruction*. Umbau-Verlag.
- Salingaros, N. (2016). *Forma, lenguaje y complejidad: una teoría unificada de la arquitectura*. Ediciones Asimétricas.
- Sigman, M. (2020). *La vida secreta de la mente: nuestro cerebro cuando decidimos, sentimos y pensamos*. Penguin.
- Silva, A. (2006). *Imaginario urbano*. Arango.
- Tuan, Y.-F. (2007). *Topofilia. Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. Melusina.
- Venturi, R. y Scott Brown, D. (1999). *Complejidad y contradicción de la arquitectura*. Gustavo Gili.
- Weber, M. (2016). *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica.